

Luis Oyarzún

Hombre, sociedad y naturaleza en la literatura latinoamericana

Nuestra poesía latinoamericana parte generalmente de un sentimiento indiferenciado de lo real, tanto que en él llegan a confundirse sociedad y naturaleza, sin que se dé entre ambas el intermedio de una cultura orientada hacia valores espirituales. Trátese del mar, de la selva, de las montañas o el desierto, en la poesía nuestra se intenta con frecuencia una fusión, un contacto íntimo y continuo —como el de árbol y bejuco— entre lo humano y esos vastos espacios desnudos de humanidad que son comparativamente nuestras tierras. No sólo en la poesía —también en las novelas más significativas—, la naturaleza es una presencia más viva que las instituciones sociales o las relaciones interhumanas. Esta naturaleza es sentida como un organismo viviente, como un caos lleno de magnetismo que inspira reacciones complementarias de amor y de terror. Es un *mysterium tremendum*, indescifrable, que envuelve al hombre y lo desarticula desde dentro. ¿Qué es esta naturaleza? ¿Qué es el hombre generado y ahogado por ella? Esta pregunta es uno de los temas subyacentes a nuestra poesía, la cual tiende a ser interrogativa, un tejido inextricable de preguntas que suelen resolverse en actitudes de panteísmo, en un vitalismo pánico que se expresa en culto irracional de la vida.

No hallamos sino por excepción en la poesía de nuestro continente una visión eglógica del mundo natural. En verdad, la visión armoniosa de la naturaleza depende siempre de una previa ordenación espiritual y, si ésta no existe, aquélla es aprehendida como caos, susceptible de revestir una multiplicidad infinita de formas inestables. Toda cultura es, en efecto, un territorio común en que se enlazan el mundo y el hombre, la naturaleza y el espíritu, constituyendo una unidad de sentido. Equivale, por lo tanto, a un pacto, que distribuye y ordena a las cosas a partir de un principio de sustentación universal. Si tal *modus vivendi* llega a faltar, hombre y mundo disuélvense en el caos sin fronteras. La tendencia dionisiaca natural a confundirlo todo puede entonces actuar con entera libertad. El hombre resulta así naturalizado y la naturaleza, subjetivizada, humanizada caóticamente. No hay sino rara vez en la poesía americana esa distancia entre hombre y mundo, entre intimidad y contornos, entre ojo y objeto, que es indispensable a la contemplación auténtica de lo real. El alma está inmersa en las cosas, en el mar subjetivizado de las cosas. De ahí la insistencia en el poder conformador

de lo telúrico. Nos complacemos en representarnos dominados por el paisaje, por la tierra, por lo extrahumano, pero en seguida cargamos a ese paisaje con el peso de nuestra propia vida desordenada y contradictoria, con el fardo oscuro de nuestro ser, con la vacancia de la propia alma.

La naturaleza está mediatizada en nuestra poesía. No hay en ella serenidad contemplativa. La descripción de lo natural es un pretexto para expresar lo humano. Dijérase que el artista busca descubrir allí a los demás, descubrirse a sí mismo. Habla con las criaturas naturales, arrastrado por un panteísmo convulso, sin libertad frente al mundo exterior, sin objetividad y, por lo mismo, sin alegría. Ese contacto con el mundo natural es angustioso. Las alegrías espirituales de la poesía griega, latina, o inglesa, que nacen de una armoniosa contemplación de lo natural, nos son casi desconocidas. La realidad circundante es descrita como misteriosa y absolutamente impenetrable.

Así canta Rubén Darío, en *Azul*:

“Después, el misterioso
Tacto, las impulsivas
Fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
Y, ¡oh, gran Pan! el idilio monstruoso
Bajo las vastas selvas primitivas.
No el de las Musas de las blandas horas
Suaves, expresivas,
En las rientes auroras
Y las azules noches pensativas,
Sino el que todo enciende, anima, exalta,
Polen, savia, calor, nervio, corteza,
Y en torrentes de vida brota y salta
Del seno de la gran Naturaleza.”

Los ejemplos podrían ser innumerables y provenientes de todas las direcciones del mapa poético. “Arte soy entre las artes; — En los montes, monte soy” (José Martí); “Cual un ínfimo bacterio — me debato en el vacío; — Cual un tormentoso río — Busco la mar sin criterio — Soy un esporo lanzado — Tras la procesión astral” (Almafuerte).

Habría que rastrear escrupulosamente este culto irracional de la vida, este vitalismo pánico en nuestra poesía. Se trata, por cierto, de una

veneración de la vida en cuanto vida, de una adoración ciega, de una entrega a la tumultuosa corriente de lo vital, que revela una falta de trascendencia, de vinculación efectiva con un mundo espiritual de valores. En este mundo en el cual se entrelazan y confunden lo natural y el hombre, se desconocen los límites y las formas y, por lo mismo, no es allí posible distinguir entre inmanencia y trascendencia. De nuestra poesía no surge otra aspiración que la vida en lo que ella tiene de elemental y primario, la vida desnuda en todo su poder despótico, arbitrario, creador y destructor, la vida que concede a cada individuo un breve plazo fatal. No hay en esta poesía nada semejante al ideal de formación que descubrimos en la poesía europea, aun en el surrealismo. Se da en ella sólo la exaltación de lo pasional en sus formas más crudas y menos intelectualizadas, sin que se note ninguna tensión hacia el conocimiento.

Es frecuente también, sobre todo en la novela, la exaltación del activismo puro, de la entrega desesperada y escéptica a una acción no regulada por principio alguno, pero que representa la salida del yo, el abandono pasajero de su vacancia. Las novelas hispanoamericanas que describen luchas colectivas están invadidas por el sentimiento de no saber por qué se combate. "Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe", confiesa un personaje de *Los de abajo* de Mariano Azuela. Y dice, por su lado, José Revueltas en *Luto humano*: "La Revolución era eso: muerte y sangre. Sangre y muerte estériles; lujo de no luchar por nada sino a lo más porque las puertas subterráneas del alma se abriesen de par en par, dejando salir, como un alarido infinito, descorazonador, amargo, la tremanda soledad de bestia que el hombre lleva consigo".

Es posible establecer una relación entre este supuesto carácter de nuestra gente, nuestra anarquía política y el caudillismo. Solemos concebir a la política como teatro o como guerrilla; en todo caso, como un conjunto de actividades que valen por sí mismas, independientemente de toda regulación moral.

En nuestro mundo todavía permanecen en estado de primigenia indeterminación, las articulaciones culturales básicas que arraigan en una determinada experiencia del otro, de la sociedad y la naturaleza. Precisamente por esto, como sostiene Félix Schwartzmann en *El Sentimiento de lo humano en América*, no existen frente a sí mismo, a los demás, o al mundo, vínculos que se objetiven creadoramente. Ocurre, más bien, que los diversos momentos que integran la conciencia cultural, no armonizan en su originaria interdependencia, sino que tienden a excluirse ais-

lando con ello al hombre, angustiosamente, frente a la sociedad y la naturaleza. En el fondo del alma encuéntrase sólo sombras humanas, vagos anhelos, el deseo de comuniones imposibles, en el amor, la las relaciones familiares. Desde esa brutal soledad unida a la vital del activismo, surge acaso el predominio que en nuestra tiene —como lo señala Schwartzmann— el tipo titanesco, capaz de morder su soledad sin desintegrarse y capaz de sobrevivir con entereza a monotonera, al bandidaje, al pantano

Esta falla fundamental en la relación de hombre y cultura en América, que nuestra literatura pone en evidencia, se expresa, según Schwartzmann, en el sentimiento de *no ser socialmente significativo* que el hombre experimenta. La sociedad se le aparece como un muro: es también *lo extraño*. La experiencia de la incorporación social provoca en él un sentimiento de frustración, que se revierte bajo la forma de hostilidad hacia instituciones y personas, y de escepticismo odioso frente a la cultura, considerada como una convención ajena. Los movimientos políticos más poderosos del continente —y la sucesión de explosiones imprevisibles e incontenibles del populacho que han dado en producirse en los últimos tiempos— han sido típicamente resentidos: movimientos contra algo. Hay un resentimiento en disponibilidad. Faltan las saludables catarsis normales.

“Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar
Como sangriento disco a la hoguera solar.
Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,
Seré impasible por el Este y el Oeste,
Asistiré con una sonrisa depravada
A las ineptitudes de la inepta cultura
Y habrá en mi corazón la llama que le preste
El incendio sinfónico de la esfera celeste”.

(ZOZOBRA, *Ramón López Velarde*).

La vida es sentida como simple azar. Es una vida laxa, que no está en tensión hacia ninguna meta. Existe una percepción de las fuerzas, pero no de las formas ideales del mundo. Existen participación biológica en el mundo y padecimiento del mundo, pero no una visión. No se han dado en nosotros esas grandes visiones comunicables que ordenan la vida colectiva durante siglos, hasta mucho tiempo después de haber desaparecido de la conciencia. En la insurrección latinoamericana contra lo

convencional de la cultura, suele perderse de vista el hecho de que toda cultura es esencialmente convención, símbolo, es decir, dibujo de una forma y establecimiento de unos límites sobre la materia informe de la vida. Bien está prescindir de los símbolos marchitos que no expresan ya los deseos humanos y reemplazarlos por otros, pero sin olvidar que no hay vida saludable sin un cuerpo de normas y creencias que encaucen el torrente de lo vital.

Sin embargo, nuestra literatura no expresa un nihilismo desesperanzado, sino un nihilismo milagrista, que a la negación del valor de lo existente agrega una actitud de zozobra y espera. Se cree en el milagro. Se espera lo extraordinario, una total transfiguración —extracultural— de la realidad, “algo extraño, confuso y misterioso”, “el alba de oro” de Rubén Darío o ese “alguien” por cuya venida Neruda suplica y solloza, o “esa estrella” hacia la cual suspira el ciprés de Lugones o ese milagro total que solicita Huidobro.

Apenas ha sido nuestra vida otra cosa que negación en sus disposiciones fundamentales. Eso mismo, acaso, le confiere un valor especial en el mundo contemporáneo. Obstinadamente cerrada en el pasado a la creación cultural, se halla en disponibilidad para desarrollar desde su seno aquellos impulsos auténticos que la harán crecer hacia el aire libre en que se hallan todas las esencias culturales que podrán llenar su alma, cuando sus órganos receptivos hayan salido por fin del oscuro dominio subterráneo en que han permanecido hasta hoy.